



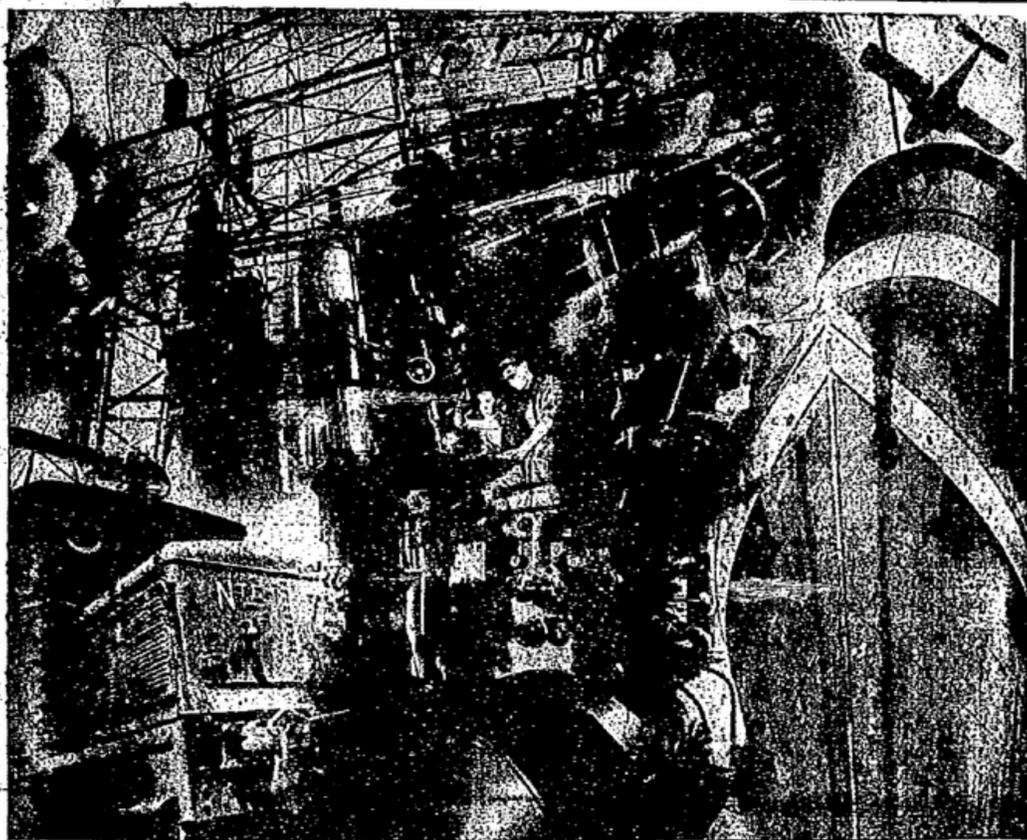
**HOY COMO AYER
PARA LA
F.A.I. y
la C.N.T.
LA LUCHA
POR LA LIBERTAD
ES A MUERTE**

tierra y libertad

¡COMPAÑEROS!
Leed en
página 3:

**NO HACEMOS
COMENTARIOS**

¡SALUD!



EL RECLAMO DE LOS QUE LUCHAN Y MUEREN POR LA LIBERTAD

Se invoca a menudo a los combatientes. En su nombre se reclama el sacrificio de la retaguardia. En su honor se escriben las más encendidas alabanzas. Los combatientes merecen todo eso y mucho más. Son nuestro orgullo. Son la avanzada de nuestro Pueblo. Son la garantía firme de que no seremos esclavos de nadie. Sus armas y su bravura superan todo lo que pueda describir la pluma mejor dispuesta. El heroísmo de los que combaten por nuestra causa, sólo puede concebirse cuando se vive a su lado, cuando se ve su gesta.

Pero nuestros combatientes merecen mucho más que los cantos de alabanza y los himnos a su coraje. Merecen que se responda a sus más entrañadas esperanzas, a sus más caros anhelos. Merecen que se comprenda lo que son, por lo que luchan, los ideales que animan en su conciencia. Merecen que se responda a sus exigencias, más que con frases y consignas, con hechos que iliquiden todos los recelos y con una línea de conducta que supere todo lo que pueda ser alimento para la amargura o la demoralización.

Hay que empezar por recordar lo que, son los que luchan y mueren en los frentes de combate. Hay que recordar su origen. Hay que saber de sus ansias. Hay que recordar, ante todo, que en su inmensa mayoría son trabajadores. Trabajadores que tienen noción de la responsabilidad ante su pueblo y ante el mundo. Y que luchan con todas sus fuerzas, haciendo milagros, convencidos de que su victoria será la puerta que abrirá nuevo rumbo a su vida. Trabajadores que pelean por la libertad, que aman cuantas conquistas ha logrado el proletariado español, que han estado en la calle en nombre de la Revolución, y que esperan como mejor recompensa, para ellos, al sobrevivir a las duras jornadas de guerra, y para sus hijos, una España que asegure el imperio de una verdadera libertad.

Los que luchan y mueren en los frentes antifascistas, son trabajadores que dejaron el Sindicato, el taller, la Colectividad, la granja, el lugar en que trabajaron y la organización a la que sirvieron, cuando la obra constructiva estaba en marcha. Todos sus esfuerzos los entregaron a la labor formidable de crear una nueva economía. Sus más firmes esperanzas estuvieron puestas en sus conquistas revolucionarias. Y marcharon a los frentes, dejando en las manos de sus camaradas la preciosa obra, seguros de que sabrían proseguirla, defenderla, consolidarla y engrandecerla.

Para los obreros que combaten, que rinden la sangre y la vida sin poner medida a su heroísmo, la mejor satisfacción, la más poderosa fuerza de estímulo, el mejor premio a sus afanes y a sus penurias, sería que en la retaguardia nadie obstaculice, ataque, destruya aquella obra gigantesca que inició el proletariado el 19 de julio de 1936.

Si muchos de los que cantan a nuestros héroes, supieran satisfacer la voluntad auténtica de los proletarios en armas, en vez de abusar de consignas y frases altisonantes, se cuidarían, no sólo de no agredir las conquistas revolucionarias, sino de apoyarlas, de cuidarlas como algo que los trabajadores de los frentes consideran sagrado.

LO QUE ENSEÑAMOS Y LO QUE APRENDIMOS DURANTE LA GUERRA

Enseñamos a luchar con «cuatro pistolas» contra una sublevación preparada en los antros de la reacción militar, clerical y burguesa de España.

Aprendimos que los que menos hicieron en aquellas horas decisivas, se cuelgan a sí mismos los mejores laureles de las gloriosas jornadas.

Enseñamos a vencer a fuerza de empuje revolucionario de un pueblo que nos vio en la vanguardia, jugando la vida siempre, y que en nosotros confió en los combates de julio.

Aprendimos que los que permitieron que el fascismo alzara cabeza e intentara nuestra perdición, olvidaban a dos años, y antes también, su propia culpa, y difamaban a los que con su actuación salvaron a España.

Enseñamos que no íbamos a «por todo», imponiéndonos, cuando teníamos en nuestras manos todo, cuando nuestras banderas eran las del pueblo en armas, para ofrecer un frente común al enemigo.

Aprendimos que los que se acogieron al calor de nuestra transigencia y de nuestro convite a la unión, no se pararon en medios para crecer y amontonar puestos de dominio, especulando con circunstancias externas a España misma.

Enseñamos a valorizar a las más ínfimas fuerzas antifascistas, cuyos jefes lloraban de emoción ante nuestra audacia y se ofrecían a servir la causa del pueblo, si queríamos.

Aprendimos a ver a los mismos hombres jugar poco limpio después hasta el punto de fraguar planes para exterminarnos.

Enseñamos a reconstruir una economía, a salvarla del desastre, a adaptarla a las necesidades apremiantes de la guerra.

Aprendimos que la política no perdona los más grandiosos esfuerzos ni las más brillantes creaciones proletarias, cuando persigue propósitos de hegemonía.

(Continúa a 2ª página)